

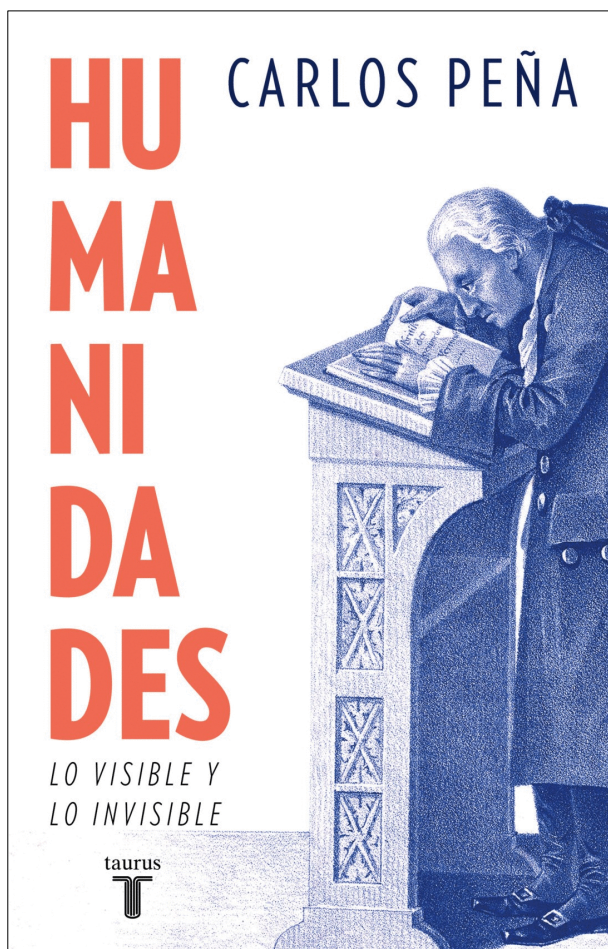


## Las Humanidades ayer, hoy y siempre

As Humanidades ontem, hoje e sempre

The Humanities: yesterday, today and always

Jaime Caiceo Escudero  
Universidad de Santiago de Chile (Chile)  
<https://orcid.org/0000-0002-2808-140X>  
[jcaiceo@hotmail.com](mailto:jcaiceo@hotmail.com)



PEÑA, Carlos. *Humanidades: lo visible y lo invisible*. Santiago de Chile: Taurus, 2025, 223p.

Carlos Peña, Rector de la Universidad Diego Portales de Santiago de Chile, es considerado, en el presente, uno de los intelectuales más importantes en el país; acaba de publicar una nueva obra y en la mayoría de ellas realiza reflexiones profundas, a partir de su formación filosófica, sobre diversos aspectos de la existencia: el pensar, el dinero, importancia de la filosofía, la identidad, la mentira noble, etc. En la obra en comento, hace énfasis en la importancia de las ‘humanidades’, tan necesarias en el mundo actual que gira especialmente sobre la ciencia y la IA. El texto lo desarrolla en una introducción, nueve capítulos y un epílogo.

La Introducción la realiza a partir del término de Cicerón, quien se refiere por primera vez a las ‘humanitatis’ en el exordio de *Pro-Archie Poeta* del año 62 A.C. A partir de ello, el autor se pregunta: “¿Qué es eso ‘preclaro y único’ que brotaría en nosotros gracias al cultivo de lo que hoy llamamos humanidades? ¿Qué podrá ser si, como dice Cicerón se apresura a dejar claro, que no es ni el buen juicio, ni la virtud, ni el honor?” (p. 20). Anteriormente el Rector Peña ha señalado que “(...) el término ‘humanidades’ agrupa a disciplinas como los estudios literarios, la música, la historia, las artes visuales y la filosofía; abarca, pues, un amplio campo, que, según los tiempos, también se ha designado con la expresión ciencias morales, culturales, humanas o del espíritu” (p. 16). En términos de un gran filósofo del siglo XX, Heidegger, en su *Carta sobre el humanismo*, nos sugiere que “(...) al haber ignorado ese problema, los seres humanos se dejaron llevar por la interpretación técnica de sí mismos, por la idea de que la totalidad de lo que existe, incluso otros seres humanos, está al servicio del sujeto. Y ello, sugiere, ha conducido al nihilismo” (p. 24). Por lo mismo, concluye que “(...) el valor de las humanidades es ver más y mejor la oscuridad (...) la capacidad del individuo humano para interrogar a la cultura e intentar develar el significado que le subyace” (p. 26).

En el Capítulo I, titulado ‘¿La lección de una farsa? Exageraciones acerca de las humanidades’, el autor sorprende al recordar cómo Alan Sokal en 1996 envió a una connotada revista un artículo que en el fondo era una charlatanería sobre las humanidades y fue aceptado. Sin embargo, las ‘humanidades’ son abundantes en respuestas, pero sin olvidar lo que plantean Kant o Wittgenstein: “Los seres humanos tienen el destino singular de hallarse acosados, por preguntas que no pueden rechazar porque provienen de la razón, pero que tampoco pueden responder porque sobrepasan los límites de esta última” (p. 33). Sin embargo, a pesar de ello, “(...) vale la pena intentar describir los temas en los que las humanidades indagan. Esos temas son el lenguaje y la historia, y al ocuparse de ellos los seres humanos muestran que no pueden apartar la vista del muro donde principia la oscuridad” (p. 39).

El Capítulo II ‘Los desafíos que las humanidades deben enfrentar hoy’ se refiere a que “(...) desde que aparecieron, hace cinco o seis siglos antes de Cristo con los primeros comentarios a los cantos homéricos, transmitidos entonces por la memoria oral y creados y recreados por ella, hasta hoy, cuando se deconstruyen textos o se los interpreta o se los registra o se los escribe, el quehacer de las humanidades ha estado acompañado por la sospecha de que tal vez son un puñado de ocupaciones inútiles” (p. 41). Más adelante agrega que la “(...) desconfianza hacia lo que pudiéramos denominar la utilidad de las humanidades es especialmente aguda hoy día. Hoy, en efecto, estas experimentan una especie de crisis silenciosa, soterrada, subterránea, que nunca se explica del todo, pero que circula, muda, en medio de los círculos culturales, incluso de los círculos culturales que cultivan las propias humanidades y que -de forma paradójal- desconfían de sí mismos” (pp. 42-43). En fin, la tarea de las humanidades es que “(...) lo que tienen en común y que, en mi opinión, caracteriza a las humanidades, no obstante, la profusión disciplinaria que su historia exhibe -y que, según las tradiciones, va desde la ‘ciencia del espíritu’ a lo que alguna vez se llamó ‘ciencias ideográficas’- es que todas ellas se ocupan de lo que pudiéramos llamar el ‘misterio del lenguaje’ en un sentido amplio, por una parte, y el ‘misterio del pasado’ por la otra (p. 67).

‘La Tarea de las Humanidades: Indagar entre lo visible y lo invisible’ es abordado en el Capítulo III afirmando que, así como el hombre actúa en la realidad (lo visible) también lo hace con la imaginación (lo invisible); por ello, tanto “(...) para Ortega, como para Heidegger, el ser humano es constitutivamente temporal y está volcado hacia el futuro, existe, por decirlo así, fuera de sí. Esa condición de futuridad le exige trascenderse mediante la fantasía y la imaginación” (p. 75). A su vez, “(...) la fantasía freudiana, o si se prefiere el fantasma, no encubre la realidad, sino que la constituye, soporta el sentido de la realidad del sujeto que, cuando se despoja de la fantasía, queda a la intemperie, desorientado, asomado al horror porque este es finalmente lo que queda como resto cuando la fantasía se disuelve” (p. 80). Por lo mismo, “(...) a tal extremo llega esta vinculación de las ficciones o de lo invisible con nuestra cultura que incluso lo que parece más alejado de ellas, la ciencia, no puede en modo alguno prescindir de ellas” (p. 83). Finalmente, “(...) pero ¿cómo podrían las humanidades referirse a eso que, hemos visto, trasciende el mundo ante los ojos? Esa pregunta ha orientado casi todo el quehacer de las humanidades” (p. 100).

En el Capítulo IV titulado ‘El método: El círculo hermenéutico’, el Dr. Peña se refiere a lo que Heidegger denominó ‘círculo hermenéutico’ en el sentido que al partir “(...) desde una cierta comprensión previa, un ‘factum’ que nos guía en la búsqueda, y al final de esta volvemos sobre el inicio corrigiendo, por decirlo así, esa impresión primera, en un círculo sin fin” (p. 102). Por ello, “(...) ese carácter circular -por decirlo así- de la reflexión de las humanidades explica además otra de sus características. Se trata de la indisoluble unidad que las humanidades guardan con su objeto, las cosas humanas, cuyo sentido procura desentrañar. Al contrario de lo que ocurre con otros quehaceres intelectuales, las humanidades no solo describen su objeto, como si estuviera allí afuera, fijo, quiescente, inmovible frente a la palabra. Si bien las humanidades describen su objeto, al hacerlo, también lo constituyen, reobran sobre él y lo modifican” (pp. 103-104). Pero todo ello se da en un tiempo determinado, surgiendo así la siguiente interrogante: “(...) ¿cómo podrían emitir un discurso de validez universal? Este problema se encuentra en el centro de las humanidades y de lo que se han llamado desde Dilthey, ciencias del espíritu” (p. 107). Siguiendo a Kant, finaliza señalando que es “(...) propio de la universidad (...) atesorar y producir, a la vez que interrogar y discutir si es posible y cómo ese mismo saber” (pp. 109-110).

El Capítulo V ‘Buscar patrones o descubrir singularidades: Las dos culturas, ciencia y humanidades’ comienza distinguiendo entre las ciencias (conocidas como STEM) y las humanidades, estableciendo una cierta prioridad de las primeras, ya que “(...) permiten conocer la realidad y tener un dominio de ella -algo que, desde luego, la tecnología parece acreditar-, ello no ocurriría con las humanidades o las ciencias sociales que, en vez de tratar con la realidad, más bien la fingirían, de modo que tan solo serían relatos ideológicos o tan solo expresiones imaginativas e inverificables que disfrazarían la realidad o pretenderían transformarla” (p. 112). El padre de las ciencias del espíritu, Dilthey, “(...) creía que todas las ciencias se fundan en la experiencia, pero (...) todas las experiencias se encontrarían interconectadas con las condiciones de nuestra conciencia en las que se almacenan (...) creía que la tarea de las ciencias del espíritu eran analizar los datos de la conciencia humana” (pp. 120-121). El autor finaliza planteando que leer a los grandes literatos “(...) es una manera de asomarse de forma reflexiva a formas de vida que no son las nuestras, algunas incluso de nadie, y experimentar la contingencia de la realidad y de las diversas formas en que la condición humana logra instalarse en ella (...) y esforzarse por comprender los problemas que plantean la racionalidad y el lenguaje no es un asunto que concierna solo a los filósofos, sino que importa a todos, puesto que atinge a la forma de concebir la convivencia y nada menos que la racionalidad” (p. 135).

‘Las preguntas de las humanidades: El misterio del lenguaje’ se expone en el Capítulo VI que “(...) al hablar y entendernos por medio del lenguaje accedemos a un mundo que no es común, y que se encuentra fuera de nuestra conciencia (...) el mundo que tenemos en común sería un mundo construido por signos y por símbolos independiente de nuestra experiencia psicológica” (pp. 139-140). Sin embargo, después de citar a varios filósofos desde la antigüedad hasta el presente, se expone la dificultad que implica el lenguaje junto a situaciones como la cultura, el tiempo, el género, la etnia, la orientación sexual, etc., por lo cual se concluye que, siguiendo a Julián Marías, “(...) el único discurso en el que de veras podemos confiar es el de la literatura o de las novelas, porque allí la única realidad posible es la fingida, la que las palabras indican, y no hay una realidad exterior que pueda corregirlas o enmendarlas” (p. 152). Por lo mismo, lo que se denomina el “(...) misterio del lenguaje, está en el origen de las humanidades. Después de todo, el lenguaje, parece ser lo más peculiar de lo humano” (p. 157). El autor de esta reseña recuerda lo que plantea San Juan en el Prólogo de su Evangelio (Jn 1, 1-2), tan importante para los cristianos: “Al principio era el Verbo (la Palabra), y el Verbo (la Palabra) estaba en Dios y el Verbo (la Palabra) era Dios. Él (ella) estaba al principio en Dios”. De ahí la relevancia de la palabra o el lenguaje, hablado o escrito.

En el Capítulo VII ‘Las preguntas de las humanidades: El misterio de la historia’ el Dr. Peña parte distinguiendo dos dimensiones: lo que ha ocurrido y la disciplina o historiografía; esto último es lo que interesa a las humanidades. Al respecto señala que tan importante como el lenguaje es la historia -en la segunda dimensión- porque estudia la cultura y recuerda al importante filósofo alemán, Martín Heidegger, quien “(...) enfatiza en particular ese aspecto cuando observa que la historiografía tiene como condición de posibilidad la ‘historicidad de la existencia’. Cada individuo humano, sugiere, vive lanzado al futuro, en un proyecto o en una idea de sí mismo que elabora y a la que sin advertirlo adhiere, pero todo ello ha de hacerlo a partir de un legado previo, un mundo en el que se encuentra y en el que hunde, por decirlo así, sus talones al empujarse hacia el futuro” (p. 160). Luego agrega, siguiendo al pensador alemán: “La condición temporal de la existencia no consiste en el hecho de que el ser humano se extinga o se gaste con el paso de los días, o que la vida humana lleve la cuenta de sus años. Esa condición temporal consiste más bien en que el mundo con el que la existencia está entrelazada de forma inevitable es un mundo contingente que, sin embargo, en algún sentido la determina” (p. 161). La historia tiene un sentido ético para las generaciones futuras y contemplar determinados artefactos del pasado, como los zapatos de un prócer, nos muestra la utilidad de estos. Habermas, por su parte, distingue en la historiografía dos tipos de interlocutores: la audiencia especializada y la comunidad política que analizará los hechos narrados para observar la coherencia con la experiencia que poseemos. Por ello, el Rector concluye que “(...) la historiografía estira nuestra conciencia, y nos evita vivir como el animal, encerrado entre los muros del pasado y del futuro” (p. 179).

‘Las humanidades y la isla de la verdad’ es abordado en el Capítulo VIII y siguiendo a Kant con su idea de la isla de la verdad, “(...) sugiere que los seres humanos no se contentan con las verdades a la mano, sino que se sienten tentados de abandonar la isla en busca de verdades inciertas” (p. 182). El mismo Kant se preocupa de la presencia de las humanidades en la universidad, distinguiendo dos tipos de Facultades en ella, las superiores y las inferiores: “Las primeras son aquellas que le interesan al gobierno y están sometidas a este (Medicina, Teología, Derecho), y la última (Filosofía, que equivale a Artes en la universidad medieval y abarcaba todo el ser humano de la época), que se encuentra entregada nada más que a sí misma” (p. 187). El hombre como se conoce hoy, según Foucault es un sujeto que estando enfrente del mundo es “(...) capaz de conocerlo y conducirse a sí mismo” (p. 205). Para el autor del libro en comento, “(...) Kant puede considerarse el fundador del espíritu universitario contemporáneo, un lugar donde se ejerce y discute la racionalidad y donde también se consideran los límites de este enfoque” (p. 213).

En el Capítulo IX ‘Las humanidades y el rostro de lo humano’ el Rector Peña, siguiendo a Foucault indica que “(...) la autocomprensión que nos guía es la que desaparecerá y será reemplazada por otras”. Por otra parte, siguiendo a Heidegger, indica que el filósofo existencialista “(...) sugiere (que hasta ahora) se ha concebido al ser humano como el fundamento de todo lo que hay y lo que hay, la naturaleza e incluso los otros hombres, han sido vistos como materiales a su disposición (...) a esto lo llamó, la época de la imagen del mundo” (p. 216). A su vez, siguiendo a Kant, señala que “(...) cuando el físico se acerca con fines de conocimiento a la naturaleza no lo hace desnudo de ideas, esperando que la naturaleza le hable, sino que lo hace provisto de un pliego de preguntas, como si él fuera un juez que la interroga y la naturaleza, un testigo obligado a responder” (p. 217). Por último, el autor concluye que “(...) la cultura sería esa arena en la que hemos dibujado la forma en que nos relacionamos con las cosas, hasta que nuestra capacidad interrogadora, las humanidades, borra el dibujo y principia a trazar las líneas de otro” (p. 218).

Finalmente, en el Capítulo X ‘Epílogo’ el académico Carlos Peña señala que las humanidades “(...) tienen cada cierto tiempo que justificar su existencia y su cultivo, tanto en la esfera pública como al interior de las universidades” (p. 219). A pesar de ello, “(...) las humanidades no solo configuran el quehacer más propio de las universidades, sino que hacen posible el ámbito de lo público, ese ámbito donde se plantea y se intenta, una y otra vez, responder la pregunta que Platón hizo en la *República*, diciendo que era la más importante de todas: ¿cómo es que debemos vivir?” (p. 221).

Es necesario indicar que en notas a pie de página existe una basta bibliografía sobre los autores y obras citadas por el artífice del texto.

Por todo lo expuesto, queda claro que las humanidades son cada vez más necesarias en este mundo en que pareciera que la técnica y la IA son solo lo importante en vistas del futuro; ello, sin embargo, debe estar iluminado y en diálogo con las humanidades y especialmente con la racionalidad humana, justamente para que la existencia humana se de en un ambiente de paz y alegría, tan necesarias en este convulsionado mundo del siglo XXI. Por ello, invito a que puedan leer con pausa reflexiva el filosófico texto del Rector Carlos Peña.